



Katherine Mansfield



ÉXTASIS Y OTROS CUENTOS KATHERINE MANSFIELD

Katherine Mansfield

Éxtasis y otros cuentos



Katherine Mansfield

Kathleen Beauchamp, cuyo seudónimo es Katherine Mansfield, nació en Wellington, Nueva Zelanda, el 14 de octubre de 1888.

Fue una narradora que cultivó la novela corta y el cuento breve, convirtiéndose en una de las autoras más representativas del género. Ella representa un caso aparte en la literatura anglosajona de la época, pues, de forma análoga a la del ruso Antón Chéjov, supo captar la sutileza del comportamiento humano.

En 1911, publicó su primer libro de narraciones, *In a German Pension,* revelador de una personalidad compleja y de difícil definición, así como de un estilo original en el que se advierten acusadas influencias de Chéjov.

Las sucesivas colecciones de cuentos, *Felicidad* (1921), *Garden-Party* (1922), *La casa de muñecas* (1922) y *El nido de palomas y otros cuentos* (1923), la impusieron rápidamente a la atención de la crítica y del público como uno de los mayores talentos narrativos de la época.

Muere el 9 de enero de 1923 en un balneario cerca de Fontainebleau, Francia.

Éxtasis y otros cuentos
Katherine Mansfield

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por laMunicipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

ÉXTASIS

A pesar de sus treinta años, Bertha Young disfrutaba aún de instantes como este en que quería correr en vez de caminar, bailar dando saltitos arriba y abajo en la acera, lanzar un aro, tirar algo al aire y volver a tomarlo o quedarse quieta y reírse de… nada, sencillamente de nada.

¿Qué puede hacer una cuando se tienen treinta años y, al doblar la esquina de tu propia calle, de pronto te quedas traspuesta por una sensación de éxtasis, ¡de absoluto éxtasis!, como si de pronto te hubieras tragado un trozo de ese último sol radiante de la tarde y este te ardiera en el pecho, proyectando una llovizna de chispas en cada partícula, en cada uno de los dedos de las manos y de los pies…?

Cielos, ¿es que no hay modo de que puedas expresarlo sin estar ebria o fuera de tus cabales? ¡Necia civilización! ¿Para qué nos darán un cuerpo si tenemos que encerrarlo en un estuche como a un *Stradivarius*?

«No, esto del *Stradivarius* no es precisamente lo que quiero decir», —pensó mientras corría escaleras arriba, rebuscaba las llaves dentro del bolso (las había olvidado, como siempre) y hacía ruido en el buzón.

—No es lo que quiero decir, porque… Gracias, Mary —entró en el vestíbulo.

—¿Ha vuelto la niñera?

—Sí, señora.

—¿Y ha llegado la fruta?

—Sí, señora. Ya ha llegado todo.

—¿Quieres por favor subir la fruta al comedor? Yo la prepararé antes de subir.

Había tinieblas y hacía mucho frío en el comedor. Pero aun así, Bertha se quitó el abrigo; no podía soportar ni un segundo más aquel broche asfixiante. El aire frío le tocó los brazos.

Pero en su pecho seguía ese rincón de destello radiante…, aquella llovizna de chispas proyectadas hacia afuera. Casi resultaba insoportable. Casi no se atrevía a respirar por miedo a avivarla y en cambio respiraba hondo, cada vez más hondo. Casi no se atrevía a mirar en el frío espejo…, pero miró y eso la convirtió de nuevo

en mujer, una mujer radiante, con labios sonrientes y temblorosos, con grandes ojos oscuros y un aire de estar escuchando, de estar esperando que algo…, que algo maravilloso pasara…, algo que sabía que pasaría con toda seguridad.

Mary puso la fruta en una bandeja junto con un cuenco de cristal y un plato azul, muy bonito, con un lustre muy raro por encima, como si lo hubieran metido en leche.

—¿Quiere que encienda la luz, señora?

—No, gracias. Aún puedo ver muy bien.

Había mandarinas y manzanas de color rosa fresa. Unas cuantas peras amarillas, suaves como la seda, uvas blancas cubiertas de una pátina de plata y un gran racimo de uvas negras. Estas últimas las había comprado para que hicieran juego con la alfombra nueva del comedor. Sí, sonaba algo estrafalario y absurdo, pero era la verdadera razón por la que las había comprado. En la tienda había pensado: «Tengo que comprar algunas negras para que la alfombra destaque sobre la mesa». Y en aquel momento le había parecido de mucho sentido común.

Cuando hubo terminado de colocarlas y hubo construido dos pirámides con esas formas redondas y relucientes, se apartó unos pasos de la mesa, para captar el efecto…, y la verdad es que quedaba de lo más curioso. Porque la mesa oscura parecía fundirse con la luz de las tinieblas y con el cuenco azul y quedar flotando en el aire. Era…, claro que en su actual estado de ánimo, era increíblemente maravilloso.

… Se empezó a reír.

—No, ni hablar. Me estoy poniendo histérica. —y recogió el bolso, tomó el abrigo y subió corriendo escaleras arriba al cuarto del bebé.

La niñera estaba sentada en una mesita baja dándole la cena a la pequeña B después del baño. El bebé llevaba puesto un camisoncito de franela blanco y una chaquetita de lana azul y llevaba el fino pelito negro peinado hacia arriba en una crestita muy graciosa. Levantó los ojitos cuando vio a su madre y empezó a dar saltos.

—Venga, cielito, cómetelo todo como una niña buena —dijo la niñera, con los labios apretados de una forma

que Bertha conocía bien y que significaba que una vez más había entrado en la habitación en mal momento.

—¿Se ha portado bien, Nanny?

—Ha sido una delicia toda la tarde —susurró Nanny—. Fuimos al parque y yo me senté en una silla y la saqué del cochecito; se acercó un perro muy grande y me puso la cabeza en la rodilla; ella le agarró la oreja y le dio un tirón. ¡Dios santo, tenía usted que haberla visto!

Bertha deseaba preguntar si no era muy peligroso dejarla que le agarrase la oreja a un perro desconocido. Pero no se atrevió. Se quedó mirándolas con las manos caídas a los lados, como la niña pobre delante de la niña rica con muñeca.

El bebé volvió a levantar los ojos para mirarla, se quedó con la mirada fija en ella y después puso una sonrisa tan linda que Bertha no pudo evitar llorar.

—Nanny, Nanny, déjeme que termine yo de darle la cena mientras usted recoge las cosas del baño.

—Bueno, señora, no es bueno que cambie de brazos mientras come —dijo Nanny sin dejar de susurrar—. Eso la pone nerviosa; es muy probable que la haga enfadar.

Qué absurdo era todo. ¿Para qué tener una niñita si hay que guardarla, no ya en un estuche como a un *Stradivarius*, pero en los brazos de otra mujer?

—¡Lo siento, tengo que hacerlo! —dijo.

Muy ofendida, Nanny se la puso en los brazos.

—Ahora, no la excite después de comer. Sabe que usted lo hace, señora. ¡Y luego me hace pasar un mal rato!

¡Santo cielo! Nanny salió del cuarto con las toallas del baño.

—Bueno, ahora eres toda mía, mi joyita —dijo Bertha, y la niña se acurrucó contra ella.

Comía que era una maravilla, abriendo mucho la boca para la cuchara y zarandeando las manos. Unas veces no soltaba la cuchara, y otras, justo cuando Bertha la había llenado, la tiraba por los aires de un manotazo.

Cuando el puré se terminó, Bertha se volvió hacia la chimenea.

—Eres bonita… ¡Eres muy bonita! —dijo besando a su bebé tan calentita—. Te tengo cariño. Me gustas.

Y de hecho de qué manera adoraría a Pequeña B (el cuello cuando lo doblaba hacia delante, sus exquisitos dedos del pie reluciendo transparentes a la luz del fuego) que le sobrevino de nuevo la sensación de éxtasis absoluto y de nuevo no supo cómo sacarla afuera, qué hacer con ella.

—Quieren que se ponga al teléfono —dijo Nanny, regresando victoriosa y tomando a su Pequeña B.

Voló escaleras abajo. Era Harry.

—Ah. ¿Eres tú, Ber? Oye. Voy a llegar tarde. Tomaré un taxi e iré para allá lo antes que pueda, pero haz que retrasen la cena diez minutos, ¿quieres?, ¿de acuerdo?

—Sí, perfecto. ¡Ah, Harry!

—¿Sí?

¿Qué tenía que decir? No tenía nada que decir. solo deseaba hablar con él un momento. No podía gritar de manera absurda: «¡Qué día maravilloso!».

—¿Me querías decir algo? —dijo deprisa la voz.

—Nada. *Entendu* —dijo Bertha, y colgó el auricular, pensando en lo rematadamente necia que era esta civilización.

Tenían invitados a cenar. El señor Norman Knight y su esposa, una pareja de gran renombre, él a punto de abrir un teatro y ella terriblemente interesada en la decoración de interiores, un hombre joven, Eddie Warren, que acababa de publicar un libro de poemas y al que todo el mundo quería invitar a cenar, y un «descubrimiento» de Bertha llamada Pearl Fulton. Lo que hacía la señorita Fulton, Bertha no lo sabía. Se habían conocido en el club y Bertha se había fascinado con ella, como se fascinaba siempre con mujeres guapas con un halo de misterio.

El morbo fue que aunque habían salido juntas y habían quedado muchas veces y en realidad habían hablado, Bertha no había logrado aún captarla. Hasta cierto punto, la señorita Fulton era misteriosamente,

maravillosamente franca, pero cierto punto había pasado y ella no había logrado ir más allá.

¿Habría algo más allá? Harry dijo: «No». Se inclinó a tacharla más bien de aburrida y «fría como todas las rubias con un toque, quizás, de anemia cerebral». Pero Bertha no estaba de acuerdo con él; aún no, de ninguna forma.

—No, ese modo que tiene de sentarse con la cabeza un poco ladeada, y sonriendo, esconde algo, Harry, y tengo que averiguar qué es ese algo.

—Lo más probable es que esconda un buen estómago —había respondido Harry.

No dejaba de adelantarse a Bertha con respuestas de este tipo… «Un hígado helado, preciosa» o «simples gases» o «puede que esté enferma del riñón»… Por alguna extraña razón, a Bertha le gustaba esto, y casi lo admiraba muchísimo en él.

Entró en el salón y encendió el fuego; después, recogiendo uno por uno los cojines que Mary había colocado con tanto cuidado, los volvió a lanzar sobre las

sillas y los sofás. Aquello marcaba la diferencia: la estancia recobró la vida en un santiamén. Cuando estaba a punto de lanzar el último se sorprendió a sí misma abrazándolo de repente, apasionadamente, apasionadamente. Pero aquello no apagó la llama en su pecho. ¡Todo lo contrario!

Los ventanales abiertos del salón daban a un balcón desde el que se divisaba el jardín. Al final de todo, contra el muro, había un peral alto y esbelto en pletórica floración; se erigía con absoluta perfección, tan plácido contra el cielo de verde jade. Bertha no pudo evitar percibir, incluso desde esta distancia, que no tenía ni un solo brote ni pétalo marchito. Debajo, en los arriates del jardín, los tulipanes rojos y amarillos, colmados de flores, parecían apoyarse en el crepúsculo. Un gato gris, arrastrando la panza, cruzaba el césped deslizándose, y uno negro, su sombra, le seguía el rastro. Mirarlos, tan absortos y tan veloces, le produjo a Bertha un curioso escalofrío.

—¡Qué cosa más horripilante son los gatos! —balbuceó, se apartó de la ventana y empezó a andar de un lado a otro…

Qué fuerte olían los junquillos en la sala cargada. ¿Demasiado fuerte? Oh, no. Y así, como si hubiera sido vencida, se lanzó a un sillón y se apretó los ojos con las manos.

—¡Soy demasiado feliz, demasiado feliz! —murmuró.

Y le pareció ver en sus párpados el precioso peral con sus flores abiertas de par en par como un símbolo de su propia vida.

En realidad, lo tenía todo. Harry y ella seguían tan enamorados como siempre, y continuaban juntos magníficamente bien y realmente eran buenos compañeros. Tenían un bebé adorable. No tenían que preocuparse por el dinero. Tenían esta casa ultra cómoda con jardín. Y amigos, amigos modernos, emocionantes, escritores, pintores, poetas o personas interesadas por los problemas sociales: justo la clase de amigos que ellos deseaban. Y también había libros, y había música, y ella había descubierto un sastrecillo maravilloso y se iban al extranjero en verano y la nueva cocinera hacía las tortillas más exquisitas…

—Qué absurda soy. ¡Absurda! —se incorporó; pero se sintió algo mareada, algo ebria. Debía ser primavera.

Sí, era primavera. En ese mismo instante estaba tan cansada que no podía arrastrarse escaleras arriba para vestirse.

Un vestido blanco, un collar de cuentas de jade, zapatos y medias verdes. No era de repente. Había pensado en este conjunto horas antes de detenerse ante la ventana del salón.

Los pétalos le restallaron levemente al entrar en el vestíbulo. Besó a la señora de Norman Knight, que se estaba quitando el más divertido de los abrigos naranja con una procesión de monos negros que daba la vuelta al dobladillo y subía hasta las solapas.

—¡Por qué! ¡Por qué! ¡Por qué será tan aburrida la clase media!... ¡Tan absolutamente carente de sentido del humor! Querida, estoy aquí solo de chiripa, de chiripa, y Norman es la chiripa protectora. Porque mis queridos monitos levantaron tal revuelo en el tren que este se convirtió en un solo hombre que no hacía más que comerme con los ojos. No se reían, no lo encontraban

divertido, lo cual me hubiera encantado. No, solo se quedaban mirando y me traspasaban de arriba abajo con la mirada.

—Pero lo máximo —dijo Norman, ajustándose en el ojo un gran monóculo con la montura de concha de tortuga—, no te importará que te cuente esto, Cara, ¿no? —(En casa y entre amigos se llamaban entre ellos Cara y Jeta)—. El colmo fue cuando ella, que ya estaba más que harta, se volvió hacia la mujer que tenía al lado y le dijo: «¿No ha visto usted nunca un mono?».

—¡Vaya que sí! —La señora de Norman Knight se unió a la risa—. ¿No fue también aquello el colmo de los colmos?

Y una cosa más divertida todavía era que ahora que no tenía el abrigo puesto era igualita que un mono muy inteligente que hasta había confeccionado aquel vestido de seda amarilla a partir de restos de cáscara de banana. Y sus pendientes de ámbar parecían pequeños maníes colgando.

—Va a hacer un otoño triste, muy triste —dijo Jeta parándose delante del cochecito de Pequeña B—. Cuando

un cochecito entra en el vestíbulo… —y dejó en el aire el resto del dicho.

Sonó el timbre. Era Eddie Warren, flaco y pálido como de costumbre y en estado de extrema ansiedad.

—¿Es esta la casa, o no lo es? —suplicó.

—Pues creo que sí… espero que sí —dijo Bertha vivaracha.

—He tenido una experiencia tan espantosa con un taxista; era de lo más siniestro. No conseguí hacer que parara. Mientras más le tocaba y más le avisaba, más rápido iba. Y aquel *adefesio* de cabeza *achatada, abrazado* a aquel volante *diminuto*.

Se estremeció y se quitó una larguísima bufanda de seda blanca. Bertha se percató de que sus calcetines eran blancos también, ¡qué rico!

—¡Pero qué espanto! —exclamó ella.

—Y tanto que lo fue —dijo Eddie siguiéndola hasta el comedor—. Ya me vi recorriendo la Eternidad en un taxi *intemporal*.

Conocía a los señores de Norman Knight. De hecho, estaba a punto de componer una obra de teatro para N. K. cuando lograra terminar el proyecto de teatro.

—Y bien, Warren, ¿cómo va la obra? —dijo Norman Knight dejando caer el monóculo y dándole su tiempo al ojo para subir a la superficie antes de volver a comprimirlo tras el lente.

Y la señora de Norman Knight:

—Ah, señor Warren, ¡qué calcetines tan alegres!

—Cuánto me alegro de que le gusten —dijo él mirándose los pies—. Parece que se han vuelto *mucho* más blancos desde que salió la luna —y volvió su joven rostro, flaco y afligido, hacia Bertha.

—Es que *hay* luna, ¿sabe?

Ella quiso gritar: «¡Sin duda alguna… y tan a menudo, tan a menudo!».

La verdad es que era una persona de lo más atractiva. Y también lo era Cara, acurrucada ante el fuego con sus

pieles de banana; y también Jeta lo era, fumándose un cigarrillo y diciendo mientras tiraba la ceniza: «¿Por qué se demora el esposo?».

—Ahí está, ya.

La puerta de la calle se abrió y se cerró con un *¡pam!* Harry gritó: «Hola, gente. Bajo en cinco minutos». Y lo oyeron subir corriendo las escaleras. Bertha no pudo evitar sonreír; sabía que a él le gustaba hacer las cosas a toda máquina. Después de todo, ¿qué importaban cinco minutos más? Pero él se convencía a sí mismo de que importaban más que nada en el mundo. Y luego haría una entrada triunfal en el comedor con una frialdad y una seguridad en sí mismo arrolladora.

Harry tenía tantas ansias de vivir. Cielos, cuánto apreciaba ella eso en él. Y su pasión por luchar, por hallar en todo lo que se le pusiera por delante una prueba más de su poder y de su bravura…, también eso lo entendía. Incluso cuando lo hacía parecer, en alguna ocasión, algo ridículo quizás a ojos de otros que no lo conocían bien… porque había momentos en los que se precipitaba a la batalla donde no había batalla. Ella conversó y rió

y se olvidó por completo, hasta que entró él tal y como ella lo había imaginado, que Pearl Fulton aún no había aparecido.

—Me pregunto si la señorita Fulton se habrá olvidado.

—Supongo —dijo Harry—. ¿Está al teléfono?

—¡Ah! Acaba de llegar un taxi —y Bertha sonrió con ese airecillo de dueña que siempre adoptaba mientras sus descubrimientos femeninos eran nuevos y misteriosos —. Pearl vive en los taxis.

—Si es así acabará hecha una vaca —dijo Harry con frialdad, llamando a cenar con la campanilla—. Grave peligro para las rubias.

—Harry, no, por favor —le advirtió Bertha mirándolo con una risotada.

Otro momentito de nada pasó mientras esperaban, riendo y charlando, un pelín demasiado a sus anchas, un pelín demasiado inconscientes. Y entonces entró la señorita Fulton, toda de plata, con una redecilla plateada recogiéndole el pelo rubio claro, sonriendo, con la cabeza un poco ladeada.

—¿Llego tarde?

—No, en absoluto —dijo Bertha—. Pasa —y la tomó del brazo y entraron en el comedor.

¿Qué había en aquel roce de aquel brazo frío que avivara y avivara, hasta empezar a encender aquella llama del éxtasis con la que Bertha no sabía qué hacer?

La señorita Fulton no la miró; aunque de todos modos raramente miraba a las personas cara a cara. Los pesados párpados le reposaban sobre los ojos y esa extraña media sonrisa iba y venía a sus labios como si viviera más de escuchar que de mirar. Pero Bertha supo enseguida, como si se hubieran cruzado la más prolongada e íntima mirada, como si se hubieran dicho una a otra «¿tú también?», que Pearl Fulton estaba sintiendo exactamente lo mismo que ella mientras removía la preciosa sopa roja en el plato gris.

¿Y los demás? Cara y Jeta, Eddie y Harry, con sus cucharas entrando y saliendo de la sopa, secándose los labios con sus servilletas, desmigando el pan, jugueteando con los tenedores y los vasos y charlando.

—La conocí en el Show de Alpha; qué criatura más rara. No solo se había cortado el pelo, sino que parecía como si se hubiera seccionado más que un buen trozo de brazos y piernas con las tijeras, y del cuello y también de su pobre naricita.

—¿No está de lo más *liée* con Michael Oat?

—¿El tipo que escribió *Amor con dientes postizos*?

—Quiere escribir una obra de teatro para mí. Solo un acto. Solo un hombre. Decide suicidarse. Da todas las razones por las que debería hacerlo y por las que no. Y justo cuando ya se ha decidido por hacerlo o por no hacerlo…, telón. La idea no está nada mal.

—¿Cómo lo va a llamar? ¿*Dolor de estómago*?

—Creo haber visto alguna vez la misma idea en una revistita francesa, totalmente desconocida en Inglaterra.

No, no la conocían. Eran encantadores, encantadores, y ella adoraba tenerlos allí, sentados a su mesa, y adoraba ofrecerles comida y vino deliciosos. ¡De hecho, deseaba decirle lo exquisitos que eran, y qué grupo más estético

formaban, cómo se hacían destacar entre sí y cómo le recordaban una obra de Chéjov!

Harry estaba disfrutando de su cena. Formaba parte de su, bueno, no exactamente de su naturaleza, y desde luego no de su talante, de su lo que quiera que fuese, hablar de las comidas y vanagloriarse de su «mórbida pasión por la carne blanca de la langosta» y por «el verde de los helados de pistacho, verdes y fríos como los párpados de las bailarinas egipcias».

Cuando la miró y dijo: «Bertha, es un souflée absolutamente admirable», ella casi se echó a llorar como una niña de la emoción.

Ah, ¿por qué se sentía tan tierna con todo el mundo esta noche? Todo era bueno, todo estaba bien. Todo lo que iba pasando parecía volver a llenar su rebosante copa de éxtasis.

Y, sin embargo, en el fondo de su mente seguía el peral. Ahora estaría plateado, a la luz de la luna de mi pobrecillo Eddie, plateado como la señorita Fulton, sentada allí dándole vueltas a una mandarina con aquellos dedos delgados tan pálidos que parecían irradiar luz.

Lo que sencillamente no lograba entender, lo que era milagroso, era de qué manera había podido adivinar su estado de ánimo con tanta precisión y de forma tan instantánea. Porque ni por un momento dudó de si podía estarse equivocando, y aun así, ¿en qué se basaba?, en nada de nada.

«Creo que esto ocurre muy, muy rara vez entre mujeres. Y nunca entre hombres», pensó Bertha. «Aunque quizá me de alguna señal mientras preparo el café en el salón».

Lo que quería decir con aquello no lo sabía, y lo que ocurriría después de aquello… no podía imaginárselo.

Mientras pensaba todo esto se veía a sí misma charlando y riéndose. Tenía que hablar para sofocar su deseo de reír.

«O río o me muero».

Aunque al percatarse de la insignificante costumbre tan simpática de meterse algo dentro del escote, como si también allí guardara un puñadito de maní en secreto, Bertha se tuvo que enterrar las uñas en las palmas de las manos para no extralimitarse riéndose.

Por fin se le pasó. Y:

—Ven a ver mi cafetera nueva —dijo Bertha.

—Solo tenemos una cafetera nueva cada quince días —dijo Harry. Cara la tomó esta vez del brazo; la señorita Fulton ladeó la cabeza y las siguió.

El fuego en el salón se había reducido a un rojo y chisporroteante «nido de polluelos de ave fénix», dijo Cara.

—No enciendas la luz todavía. Es tan hermoso —y volvió a acurrucarse junto al fuego. Siempre tenía frío… «sin su chaquetita de franela roja, claro», pensó Bertha.

En ese momento, la señorita Fulton dio la señal.

—¿Tiene usted jardín? —dijo la voz fría y aletargada.

Aquello fue tan exquisito por su parte que todo lo que Bertha pudo hacer fue obedecer. Atravesó la habitación, separó las cortinas y abrió aquellas ventanas tan altas.

—¡Ahí está! —exhaló.

Y las dos mujeres se quedaron de pie una junto a la otra mirando el esbelto árbol florecido. A pesar de estar tan quieto, parecía, como la llama de una vela, erguirse, despuntar, temblar en el aire luminoso, hacerse más y más alto mientras ellas observaban hasta tocar casi el borde de la redonda luna de plata.

¿Cuánto tiempo estuvieron allí? Las dos, atrapadas como quien dice en aquel círculo de luz divina, entendiéndose perfectamente entre sí, criaturas de otro mundo, y preguntándose qué hacían en este con todo ese tesoro extasiado que les ardía en el pecho y que caía de sus cabellos y de sus manos en forma de flores de plata.

¿Para siempre… solo un instante? Y había murmurado la señorita Fulton: «Sí. Exactamente *eso*». ¿O lo había soñado Bertha?

Entonces encendieron la luz y Cara hizo el café y Harry dijo:

—Mi querida señora Knight, no me pregunte por mi niña. Nunca la veo. No sentiré el más mínimo interés por ella hasta que tenga un amante. —Y Jeta apartó el ojo del invernadero del jardín por un instante y lo volvió a

poner bajo la lente y Eddie Warren se terminó el café y soltó la taza con una cara de angustia como si en el fondo hubiera visto la araña.

—Lo que quiero es ofrecerles un espectáculo a los jóvenes. Yo creo que Londres sencillamente está atiborrado de obras noveles, aun sin escribir. Lo que quiero decirles es: «Aquí tienen el teatro. Abran fuego».

—No sé si sabrás, querida, que voy a decorar una habitación para los Jacob Nathans. Ah, cuánto me tienta hacer un diseño de pescado frito, como los respaldos de los sillones en forma de sartenes y las cortinas de preciosas papas fritas bordadas.

—El problema con nuestros jóvenes escritores es que son todavía demasiado románticos. Uno no puede hacerse a la mar sin marearse y pedir una palangana. En fin, ¿por qué no tendrán la valentía de usar palanganas?

—Un poema espantoso sobre una muchacha que fue violada por un pordiosero sin nariz en un bosquecillo…

La señorita Fulton se hundió en el sillón más bajo y más hondo y Harry repartió cigarrillos. Por el modo

en que se quedó parado delante de ella agitando la caja plateada y diciendo con brusquedad: «¿Egipcio? ¿Turco? ¿De Virginia? Están todos mezclados», Bertha se dio cuenta de que Pearl no solo lo aburría; realmente le desagradaba. Y decidió, por el modo en que la señorita Fulton dijo: «No gracias, no fumaré», que también ella sentía lo mismo hacia él, y se sintió herida.

«Cielos, Harry, que no te desagrade. Estás completamente equivocado con ella. Es maravillosa, maravillosa. Y además, cómo puedes sentir algo tan distinto por alguien que significa tantísimo para mí. Intentaré contarte esta noche cuando estemos en la cama lo que ha ocurrido. Lo que ella y yo hemos compartido».

Al oírse esas palabras algo extraño y casi aterrador hizo diana en la mente de Bertha. Y este algo ciego y sonriente le dijo muy bajito: «Pronto se irá toda esta gente. La casa quedará tranquila, muy tranquila. Se apagarán las luces. Y tú y él estarán juntos, solos en la habitación oscura, en la cálida cama…».

Se levantó de un salto de la silla y corrió al piano.

—¡Qué pena que no toque nadie! —exclamó—. ¡Qué pena que no toque nadie!

Por primera vez en su vida, Bertha Young deseaba a su marido.

Sí, lo había amado, había estado enamorada de él, claro, de otra manera, la que fuera, pero exactamente de esta manera, no. Y lo mismo, había visto con claridad que él era diferente. Lo habían hablado tan a menudo. Le había preocupado tantísimo al principio descubrir que era tan frígida, pero pasado un tiempo aquello parecía no importar. Eran tan sinceros entre ellos, tan buenos compañeros. Eso era lo mejor de ser modernos.

Aunque ahora… ¡Ardorosamente! ¡Ardorosamente! ¡La palabra dolía en su ardoroso cuerpo! ¿Era a esto a lo que aquel sentimiento de éxtasis la había estado conduciendo? Pero de pronto, de pronto…

—Querida —dijo la señora de Norman Knight—, ya conoces nuestra marca. Somos víctimas de los horarios y de los trenes. Vivimos en Hampstead. Ha sido maravilloso.

—Los acompañaré al vestíbulo —dijo Bertha—. Me ha encantado tenerlos aquí.

Pero no deben perder el último tren. ¿No sería horrible?

—¿Tomas un *whisky*, Knight, antes de irte? —preguntó Harry.

—No, gracias, amigo mío.

Bertha le dio la mano con un buen apretón por aquello.

—Buenas noches, adiós —gritó desde el último escalón de arriba, sintiendo que aquel yo secreto se libraba de ellos para siempre.

Cuando volvió a entrar en el salón, los demás se estaban marchando.

—… Entonces puedes venir parte del recorrido en mi taxi.

—Le agradezco *tanto* no tener que enfrentarme a *otro* recorrido yo solo después de mi *espantosa* experiencia.

—Pueden conseguir un taxi en la parada que está justo al final de la calle. No tendrán que caminar más de algunas yardas.

—Eso me tranquiliza. Iré a ponerme mi abrigo.

La señorita Fulton se fue hacia el vestíbulo y Bertha la estaba siguiendo cuando Harry casi la tiró al adelantarla.

—Permítame que la ayude.

Bertha vio que se sentía arrepentido de su rudeza; lo dejó pasar. Qué maravilla de hombre era en algunas cosas: ¡tan impulsivo!, ¡tan sencillo!

Y los dejaron a Eddie y a ella junto al fuego de la chimenea.

—Me pregunto si has visto el nuevo poema de Bilks titulado «*Table d'Hôte*» —dijo Eddie con voz suave—. Es tan maravilloso. En la última antología. ¿Tienes un ejemplar? Me gustaría tanto enseñártelo. Empieza con un verso increíblemente hermoso: «¿Por qué debe ser siempre sopa de tomate?».

—Sí —dijo Bertha. Y se fue sigilosamente a una mesa frente a la puerta del salón y Eddie se deslizó sigilosamente tras ella. Ella tomó el librito y se lo dio; no habían hecho el menor ruido.

Mientras él buscaba el poema, ella volvió la cabeza hacia el vestíbulo. Y vio… Harry estaba con el abrigo de la señorita Fulton en sus brazos y la señorita Fulton dándole la espalda y cabizbaja. Tiró el abrigo, le puso las manos en los hombros y la giró hacia él violentamente. Sus labios dijeron: «Te adoro», y la señorita Fulton le puso sus dedos de claro de luna en las mejillas y le sonrió con su sonrisa aletargada. Las aletas de la nariz de Harry temblaban; los labios se le encogieron en una horrible sonrisa al musitarle: «Mañana», y la señorita Fulton dijo con los párpados: «Sí».

—Aquí está —dijo Eddie—. «¿Por qué debe ser siempre sopa de tomate?». Es tan *profundamente verdadero*, ¿no te parece? La sopa de tomate es tan *espantosamente* eterna.

—Si lo prefieres —dijo la voz de Harry, muy alto, desde el vestíbulo—, puedo pedir que venga un taxi hasta la puerta.

—No, no. No es necesario —dijo la señorita Fulton y fue hasta donde estaba Bertha y le tendió sus delgados dedos.

—Adiós. Muchísimas gracias.

—Adiós —dijo Bertha.

La señorita Fulton le sostuvo la mano un momento más.

—¡Su precioso peral! —murmuró.

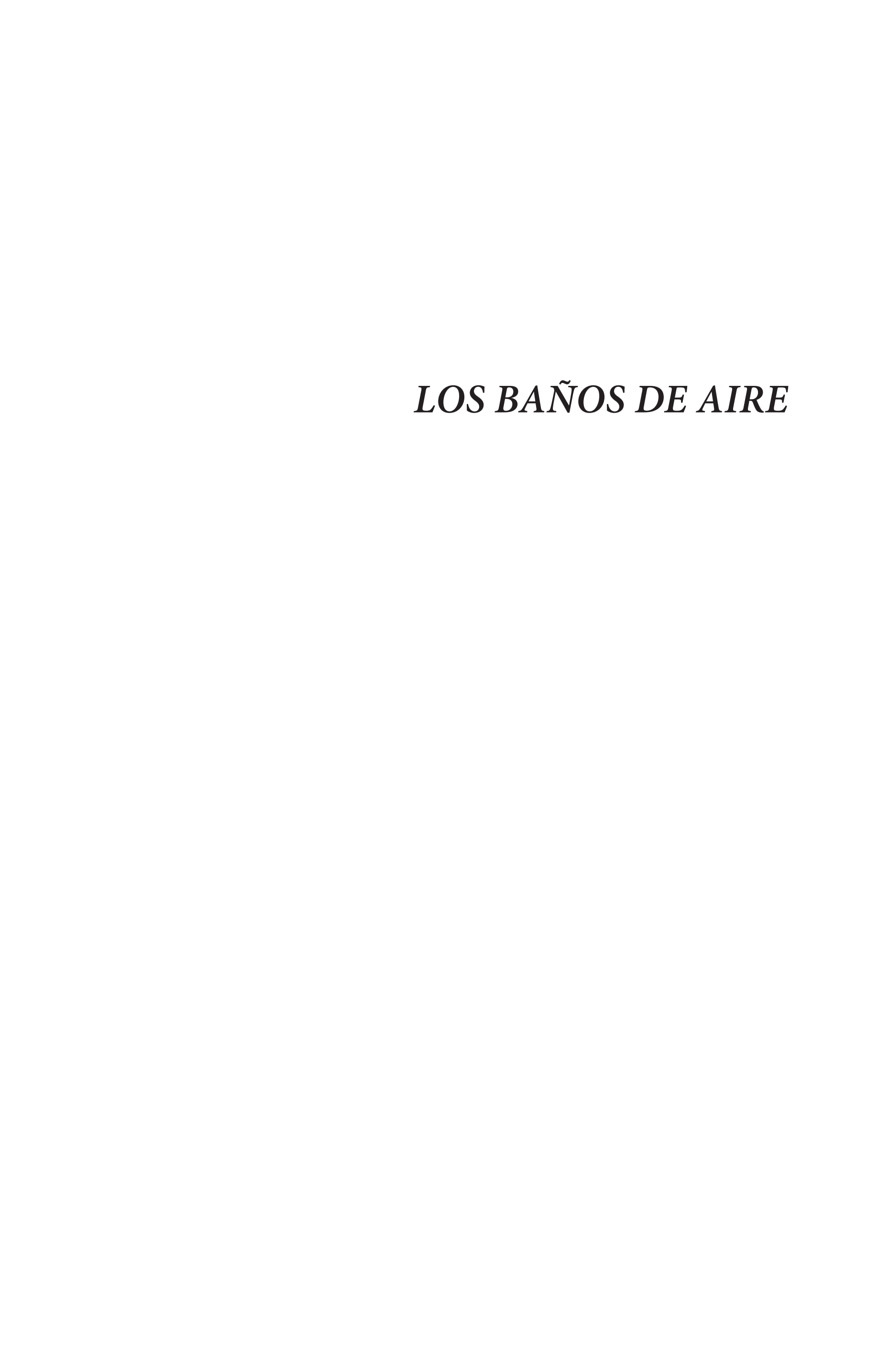
Y después se había ido, con Eddie detrás, como el gato negro que sigue al gato gris.

—Yo cerraré todo —dijo Harry, con una frialdad y una seguridad en sí mismo arrolladora.

«¡Su precioso peral, peral, peral!», Bertha sencillamente corrió a las ventanas altas.

—Ah, ¿qué va a pasar ahora? —exclamó.

Pero el peral estaba tan hermoso como siempre y tan repleto de flores e igual de quieto.



LOS BAÑOS DE AIRE

Creo que el aspecto algo grotesco del lugar se debía a las sombrillas.

Cuando entré por primera vez en aquel recinto y vi a mis compañeras de baño paseando por la arena casi en cueros, pensé que las sombrillas daban al ambiente una pincelada de «Pequeño Negro Zambo».

Eran de algodón color verde y el mango terminaba en una cabeza de loro, rabiosamente roja. Las bañistas las mantenían por encima de sus cabezas con una ridícula dignidad, mucho más ridícula si se tiene en cuenta que solo tapaban una pequeñísima parte de su cuerpo con un pedazo de ropa poco mayor que un pañuelo de bolsillo.

En «Luft Bad» no había árboles. El terreno era completamente llano. Había unas cuantas casetas de madera, dos columpios y pocas cosas más. Paseábamos o bien nos sentábamos en pequeños grupos, y la mayor parte del tiempo lo invertíamos en criticar los defectos de conformación de nuestras vecinas, que lo sucinto de sus atavíos dejaba generosamente al descubierto.

Una alta tapia de madera cercaba completamente el recinto. Por encima de la misma se divisaban los pinos

que flanqueaban el camino que conducía a «Luft Bad». Al otro lado de la tapia, a mano derecha, se hallaba la sección de hombres. A través de un intersticio entre dos tablones podíamos observarles haciendo gimnasia, levantando unas enormes pesas, mientras entonaban canciones no aptas para todos los oídos. Sus atuendos, excepto las sombrillas, se diferenciaban poco de los nuestros.

Confieso que, el primer día, la posibilidad de mostrar mis piernas completamente al desnudo me tenía sumamente avergonzada. No me atrevía a salir de la caseta hasta que una de las habituales del lugar, una dama con la que había jugado al ajedrez algunas veces, me llamó a través de los delgados tabiques de madera.

Hice de tripas corazón, salí y me uní a uno de los grupos.

A los pocos instantes de estar allí sentada, una dama húngara de aspecto imponente comenzó a hablar de la magnífica tumba en que estaba enterrado su segundo marido.

—Es una cripta —decía— con unas primorosas rejas negras. Y tan espaciosa que podría pasearme perfectamente por su interior. Hay una hermosa fotografía nuestra, enmarcada por una corona que me envió el hermano de mi primer marido. Yo voy con frecuencia a visitarla: los sábados por la tarde, especialmente, constituye una agradable excursión.

Se levantaba de repente, se colocaba las manos a la espalda, aspiraba profundamente seis o siete veces y volvía a sentarse.

—Su agonía fue algo horrible —añadió—; me refiero a la de mi segundo marido.

El primero se fue al otro mundo en muy poco tiempo, pero el segundo estuvo muriéndose durante setenta y siete horas. Yo no dejé de llorar ni un instante, desde luego...

Una joven rusa, con unos hermosos rizos que le caían sobre la frente, se volvió hacia mí.

—¿Sabe usted bailar la danza de «Salomé»? —me preguntó—. Yo la bailo bastante bien.

—¡Qué estupendo! —contesté.

—¿Quiere que la baile ahora mismo? ¿Le gustaría verlo?

Sin esperar mi respuesta se puso en pie y por espacio de diez minutos realizó una serie de sorprendentes contorsiones. Cuando acabó la «danza», estaba sin aliento.

—¿No es magnífico? —exclamó—. Además, ahora estoy completamente sudada y una ducha me sentará muy bien.

En frente mío había una mujer morena que permanecía tumbada de espaldas, completamente inmóvil, con los brazos por debajo de la nuca.

—¿Hace mucho tiempo que viene usted aquí? —le pregunté.

—¡Oh, sí! Paso largas temporadas en este lugar —me contestó—. Esto forma parte de mi tratamiento. Me alimento exclusivamente de hortalizas y de nueces, y tengo la sensación de que mi espíritu es cada día

más vigoroso y más puro. La mayoría de la gente vive en condiciones horribles, respirando un aire lleno de miasmas e ingiriendo alimentos nocivos para su cuerpo y para su alma. Lo que me extraña es que no haya más enfermos y más locos de los que ya existen. Yo procuro vivir de una manera sencilla. —Señaló una pequeña bolsa que tenía a su lado— Una lechuga, una zanahoria, una patata y un puñado de nueces, constituyen una alimentación racional. Lo como todo crudo, tal como sale de la tierra, no contaminado y fresco.

—¿Y no toma nada más en todo el día? —me asombré.

—Agua. Y, algunas veces, si me despierto durante la noche, un plátano. —Se volvió de lado y se apoyó sobre un codo—. Usted come demasiado y se está perjudicando de un modo horrible —prosiguió—. ¡Es vergonzoso! ¿Cómo puede esperar que se encienda en usted la *Llama del Espíritu* bajo esos montones de carne superflua?

Yo deseaba que dejara de mirarme y estaba a punto de levantarme y marcharme de allí cuando una muchacha muy joven, que llevaba un collar de cuentas de coral, se unió a nosotras.

—La pobre Frau Hauptmann no ha podido venir hoy —manifestó—. Tiene los nervios completamente destrozados. Ayer se excitó mucho escribiendo dos tarjetas postales.

—Está algo delicada —intervino la húngara—, pero es una mujer sumamente agradable. Lo que le falta a la pobre Fancy es un poco de energía. Es incapaz de imponerse a sus hijas para que dejen de usar esos descarados trajecitos que llevan a todas horas. Se sientan en cualquier banco y cruzan sus piernas de un modo sumamente desvergonzado y provocativo, enseñando los muslos. ¿Adonde han ido ustedes esta tarde, Fräulein Anna?

—¡Oh! —dijo el Collar de Coral—. Herr Oberleutnant me invitó a acompañarle a Lansdorff. Necesitaba comprar algunos huevos. En ocho huevos consiguió que le rebajaran un penique. Es indudable que sabe cómo hay que regatearles a los campesinos.

—¿Es usted americana? —me preguntó de repente la Dama Vegetariana.

—No.

—Entonces, es usted inglesa, ¿verdad?

—Bueno, no del todo...

—Tiene que ser usted una de las dos cosas, no puede ocultarlo. La he visto pasear sola muchas veces. Además, usted...

Me puse en pie y me dirigí hacia uno de los columpios. El aire, de una tibia dulzura, me excitaba de un modo delicioso. Por encima de mi cabeza, unas nubes blancas discurrían perezosamente por el azul del cielo. De los pinos cercanos llegaba un perfume selvático, en tanto que sus ramas se balanceaban suavemente al impulso de la brisa. Yo me sentía ligera, libre y feliz. Y, sobre todo, ¡tan joven!

—¿No sabe usted —me gritó alguien— que el ejercicio del columpio es muy perjudicial para el estómago? Un amigo mío estuvo tres semanas sin poder retener la comida a consecuencia de la excitación que le producía el columpiarse...

Renuncié definitivamente a continuar allí y fui a vestirme.

Ahora creo que las sombrillas son lo único que presta algún atractivo al «*Luft Bad*». Y, si alguna vez me da por ir allí, me envuelvo en el impermeable de mi marido y me siento en un rincón, lo más escondida posible.

Y puedo asegurar que no es porque me sienta avergonzada, ni mucho menos, de enseñar mis piernas.



DÍA DE PARTO

Andreas Binzer despertó poco a poco. Se volvió en su angosta cama, se estiró y dio un bostezo, abriendo la boca todo lo que pudo y cerrándola después, de modo que sus dientes resonaron con un agudo «*clic*».

Aquel sonido le encantó, y lo repitió varias veces con rápidos y restallantes movimientos de mandíbula. «Vaya dientes —se dijo—. Sanos como manzanas, todos y cada uno de ellos. Sin haber tenido que sacarme ninguno. Sin haber tenido que empastarme ninguno tampoco». Eso era debido a que no hacía tonterías al comer y a que los cepillaba concienzudamente mañana y noche.

Se incorporó apoyándose en el codo izquierdo, y tanteó con la diestra cerca de la cama, buscando la silla donde la noche anterior había puesto el reloj y la cadena. Pero no encontró ninguna silla allí. Claro, olvidaba que, como en aquella angosta y condenada habitación no había sillas, tuvo que poner el dichoso artefacto debajo de la almohada.

«Las ocho y media del domingo —su cerebro seguía el tictac del reloj—. A las nueve, el almuerzo; hora de bañarse». Saltó de la cama y se dirigió hacia la ventana.

La persiana rota colgaba a modo de un abanico sobre el cristal de arriba. «Hay que arreglar esta persiana —se dijo—. Haré que el chico de la oficina antes de irse a casa venga un momento y la ponga en su sitio. Es muy mañoso para arreglar persianas. Le daré unos céntimos y lo hará tan bien como un carpintero. Anna misma lo hubiese podido hacer de no estar enferma. Y también yo, por supuesto, pero no me da la gana de subir en una escalera de peldaños desvencijados». Alzando la vista miró al cielo. Era claro, extrañamente blanquecino, limpio de toda nube. Luego miró hacia abajo, a la hilera de jardines y patios traseros. Las vallas de aquellos jardines corrían al borde de un albañal, cruzado por un puente colgante, y la gente tenía la condenada costumbre de tirar latas vacías al albañal por encima de las vallas. Algo muy propio de ellos, por supuesto. Andreas se puso a contar las latas y decidió rencorosamente escribir una carta a los periódicos sobre aquello y firmarla. Firmarla con su nombre y apellidos.

La criada salió de la negra puerta al fondo del patio, llevando las botas de él. Tiró una al suelo, metió la mano dentro de la otra y la miró, contrayendo las mejillas. Acto seguido se inclinó hacia delante, escupió en la puntera y

se puso a sacarle brillo con un cepillo extraído del bolsillo de su delantal.

«¡Puerca! —se dijo—. Vaya usted a saber cuántas enfermedades infecciosas se estarían gestando ahora en aquella bota. Anna debía despedir a aquella chica, aun cuando tuviese que arreglárselas sola algún tiempo. Sí, tan pronto como se levantara y pudiera moverse de nuevo. ¡Con qué gesto dejó caer una de ellas y escupió en la otra! Sin tener en cuenta de quién eran aquellas botas que estaban a su cargo. No tenía ni la más leve idea del respeto debido al amo de la casa».

Llamaron con un discreto golpe y su madre entró. Cerrando tras de sí la puerta se recostó contra ésta.

Andreas notó que su toca estaba ladeada y que un largo mechón de sus cabellos le caía sobre los hombros.

Fue hacia ella y la besó.

—Buenos días, madre. ¿Cómo está Anna?

La anciana habló apresuradamente juntando y abriendo las manos.

—Andreas, haz el favor de ir a buscar al doctor Erb en cuanto te hayas vestido.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Está mal?

Frau Binzer asintió con un gesto de cabeza, y Andreas, observándola atentamente, vio que de pronto, su rostro cambiaba de expresión; una fina red de arrugas parecía surgir desde debajo de la piel hacia la superficie.

—Siéntate un momento en la cama —dijo—. ¿No te has acostado aún?

—No, pero no quiero sentarme. Tengo que volver a su lado. Anna ha estado sufriendo toda la noche. No ha querido que se te molestara hasta ahora, porque decía que anteayer parecías estar muy deprimido. Le dijiste que habías cogido frío y está muy preocupada.

Andreas se sintió directamente acusado.

—Bueno, fue ella quien me obligó a decírselo. Me lo sacó a la fuerza. Ya sabes de qué forma se las arregla.

Nuevamente Frau Binzer asintió con la cabeza.

—Sí, ya sé. Pregunta si tu resfriado va mejor y dice que en el cajón grande a mano izquierda hay una muda de abrigo.

Andreas, sin pizca de ganas, carraspeó por dos veces.

—Sí —repuso—. Dile que noto la garganta despejada. Creo será mejor que no la moleste.

—Sí, es mejor, y además, Andreas, el momento ha llegado.

—Estaré listo en cinco minutos.

Salieron al pasillo. Cuando Frau Binzer abrió la puerta de la alcoba de enfrente, un prolongado quejido salió de la habitación.

Esto sorprendió y alarmó a Andreas. Entró precipitadamente en el cuarto de baño, abrió los grifos todo lo que daban de sí y, mientras el baño se llenaba, estuvo limpiándose los dientes y arreglándose las uñas. «Terrible, terrible —se oyó murmurar a sí mismo—. No puedo entenderlo. Es como si se tratara del primero... y con este van tres. El viejo Schafer me dijo ayer que su

mujer había dejado simplemente caer el cuarto. Anna debería tener a su lado una enfermera con título, en lugar de mi madre. Mi madre la mima demasiado. ¿Qué habrá querido decir con eso de que inquieté a Anna anteayer? ¡Qué bonito llamarle así la atención a un marido en una ocasión como esta! Para sacarle a uno de sus casillas me parece... y luego con mi sensibilidad...»

Cuando entró en la cocina por las botas, la criada estaba inclinada sobre el fogón preparando el almuerzo. «Sin duda estará echando el aliento en la comida», pensó, y se mostró muy seco con la muchacha. Ella no lo notó. Estaba henchida con el terrible alborozo y la importancia de lo que estaba ocurriendo arriba. Le parecía estar aprendiendo el secreto de la existencia cada vez que respiraba. Había puesto aquella mañana la mesa diciendo «niño» en el momento de colocar el primer plato y «niña» al poner el segundo. Decidiéndose por «niño» al colocar el salero. «Estoy en un tris de decírselo al amo para tranquilizarle», pensó. Pero este no le dio oportunidad de hacerlo.

—Ponga —le dijo— otra taza en la mesa, por si el doctor quiere tomar café.

—¿El doctor, señor?

La sirvienta sacó una cuchara de una cazuela y dejó caer un par de gotas de grasa en el fogón.

—¿Tengo que freír alguna cosa más? —Pero el amo se había ido ya dando un portazo.

Caminó calle adelante. No había nadie por allí, ni muerto ni vivo, en aquella mañana de domingo.

Al cruzar el puente colgante, un fuerte olor a hinojo y a detritus subió del albañal y Andreas de nuevo se puso a pergeñar la carta. Salió a la calzada. Las tiendas tenían aún echadas las cortinas metálicas. Había trozos de periódico, paja y mondaduras de frutas esparcidos por el pavimento. Las alcantarillas estaban atascadas con los despojos de la noche del sábado. Dos perros espatarrados en medio de la calle se peleaban a mordiscos. solo la taberna de la esquina estaba abierta y un dependiente joven tiraba un cacharro de agua desde la puerta. Cuidadosamente y con los labios fruncidos, cruzó Andreas por encima del agua. «Es notable cómo me fijo en todo esta mañana —se dijo—. En parte debe de ser efecto del domingo. Me resulta insoportable un domingo, estando Anna

sin poder moverse y los chicos fuera. En domingo uno debe tener derecho a contar con su familia. Aquí todo es sucio; va a desaparecer todo esto si viene una epidemia. Y vendrá, seguramente, de no derribar toda la calle. Me gustaría tener en mis manos los resortes del gobierno —pensó sacando el pecho—. Bueno, ahora vamos por ese médico».

—El doctor Erb está desayunando —le informó la doncella, acompañándole a la sala de espera, una pieza obscura, mohosa, con algunos helechos dentro de una vitrina de cristal junto a la ventana—. Dice que tenga el señor a bien esperar un minuto. En la mesa hay un periódico.

«Vaya un cuchitril más insano», pensó Binzer, andando hacia la ventana y tamborileando con los dedos en la tapa de la vitrina de los helechos.

«Claro, se está desayunando. Ha sido el error que yo he cometido; venir aquí tan de mañana con el estómago vacío».

Por la calle traqueteaba el carrito de un lechero. El conductor, de pie en la trasera, hacía restallar el látigo.

Llevaba en la solapa de su chaqueta un geranio enorme. Firme como una roca, se mantenía erecto, en el carrito traqueteante, inclinándose solo un poco hacia atrás. Andreas estiró el cuello para verle ir calle adelante, y, hasta cuando hubo desaparecido, siguió prestando oído al estrépito penetrante de las latas.

«No me equivocaría mucho respecto a él —reflexionó—. Y no me importaría nada probar un poco esa vida. Madrugar, terminar todo el trabajo para las once, y no hacer nada sino haraganear el resto del día hasta la hora del ordeño». Sabía que esto era exagerado, pero sentía necesidad de apiadarse de sí mismo.

La doncella abrió la puerta, y se hizo a un lado para dejar paso al doctor Erb. Andreas giró sobre sus tacones y ambos se dieron la mano.

—Bien, Binzer —dijo el doctor jovialmente, mientras sacudía algunas migas de su chaleco color perla—. ¿Conque hijo y heredero viniendo de sopetón?

¿Hijo y heredero? Diantre, daba gusto tratar con un hombre así. Un hombre sensato que cada día de la semana tenía que enfrentarse con casos como aquel.

—Eso viene a ser en cierto modo, doctor —replicó sonriendo al tiempo de tomar su sombrero—. Mi madre me ha sacado esta mañana de la cama con órdenes imperiosas de llevármelo.

—Mi cochecito estará listo dentro de un momento. Véngase conmigo. ¿Quiere? ¡Qué día más bochornoso! Usted está ya tan encarnado como una remolacha.

Andrea rió a disgusto. El médico tenía una costumbre muy desagradable: la de creer que por ser doctor tenía derecho a divertirse a costa de cualquiera.

«Como todos los de su profesión —concluyó Andreas—, el buen hombre está inflado de vanidad».

—¿Cómo se le dio la noche a Frau Binzer? —inquirió el médico—. ¡Ah!, aquí tenemos el cochecillo. Ya me irá indicando el camino. Haga el favor de sentarse lo más al centro posible, Binzer. Su peso lo inclina un poquito de su lado. Estos son los inconvenientes de ser un afortunado hombre de negocios.

«Me lleva más de diez kilos, y no me equivocaré ni en un gramo», se dijo Andreas. «Podrá ser un buen médico, pero... ¡Dios nos libre!».

—¡Ya estás arrancando, preciosa! —dijo el doctor golpeando cariñosamente a la yegua parda con el látigo—. ¿Consiguió dormir anoche un poco su señora?

—No, creo que no —repuso Andreas escuetamente—. Hablando con franqueza,me disgusta que no tenga a su lado una enfermera.

—¡Bah! —exclamó el doctor con satisfacción extraordinaria—, su madre vale por una docena de enfermeras. Si he de decirle la verdad, no soy partidario de las enfermeras. Poco hechas, tan crudas como un filete de falda. Bregan con la criatura como si estuvieran arrancando a la muerte el cuerpo de Patroclo. ¿No conoce el cuadro de cierto pintor inglés, un tal Leighton? Algo magnífico, pura fibra.

«Otra vez —se dijo Andreas—. Sacando a relucir sus conocimientos para deslumbrarme».

—Pero su madre... en ella sí que se puede tener confianza. Ella sí que es capaz. Haciendo cuanto se le ordena con un caudal de simpatía. Fíjese en esas tiendas que dejamos atrás... parecen úlceras enconadas. ¿Cómo diablos lo permiten las autoridades?

—No están tan mal. Lo que necesitan es una buena mano de pintura.

El médico silbó una tonadilla fustigando otra vez a la yegua.

—Bueno, espero que ese mozalbete no ocasione a la madre demasiadas molestias. Hemos llegado.

Un chicuelo flacucho que había estado resbalándose en el asiento de atrás de un lado para otro, saltó del coche y asió al caballo por el bocado. Andreas se fue derecho al comedor, dejando que la criada subiera con el médico. Se sentó, se sirvió un poco de café, y se comió medio panecillo antes de haberse servido el pescado. Al ir a hacerlo echó de menos el plato caliente. Toda la casa andaba de cabeza. Tocó el timbre y la criada entró con una bandeja en la que había un tazón de sopa y un plato caldeado.

—Los tenía a la lumbre —dijo risueña.

—Gracias, se lo agradezco.

A medida que ingería la sopa, su corazón iba ablandándose para con aquella tonta de muchacha.

—Está muy bien que el doctor Erb haya venido —se apresuró a manifestar la criada, ansiosa de un poco de simpatía.

—Hum, hum —hizo Andreas.

Ella aguardó un momento, expectante, revolviendo los ojos. Luego, ahíta de desdén por los humanos, volvió a la cocina haciendo votos de esterilidad.

Andreas dio cuenta del tazón de sopa y del pescado. A medida que comía, la habitación iba oscureciéndose poco a poco. Un leve viento que se había levantado hacía golpear las ramas de un árbol contra la ventana. El comedor daba al rompeolas de la bahía y se veía el mar agitado. El viento serpeaba en torno de la casa, gimiendo espantosamente.

«Se está preparando una tormenta. Esto quiere decir que voy a tener que estar encerrado aquí todo el día. Bueno, al menos, traerá algo bueno; servirá para aclarar la atmósfera».

Oía a la criada que, presurosa y dándose importancia, iba de aquí para allá por toda la casa cerrando las ventanas. Luego la pudo atisbar un momento en el jardín, cuando recogía la ropa tendida en la cuerda que cruzaba el césped. Era trabajadora, no se podía negar. Cogió un libro, e hizo rodar su sillón hacia la ventana. Pero en vano. Estaba demasiado oscuro para leer. No quería esforzar la vista, y, por otra parte, encender la luz de gas a las diez de la mañana le parecía absurdo. Así, se dejó deslizar en el sillón apoyando los codos en los mullidos brazos y se entregó al ocio somnoliento.

«¿Un niño? Sí, por fuerza esta vez había de ser un niño. ¿Cuántos hijos tienes, Binzer? Ah, pues tengo dos niñas y un niño. Número muy bonito. Por sur puesto, no era de esos que se encariñan demasiado con uno de los hijos. Pero el hombre necesita un hijo varón. Estoy sacando adelante mi negocio para mi hijo. «Binzer e hijo». Esto supondrá vivir muy estrechamente los diez años próximos, cortar gastos todo lo posible, y entonces...

Una tremenda ráfaga de viento se abalanzó contra la casa, se adueñó de ella, la zarandeó, soltándola solo para asirla con más fuerza. Las olas, todo a lo largo

del rompeolas, aumentaban de volumen y rompían espumeantes. Sobre el pálido firmamento volaban como flámulas desgarradas algunas nubes grises.

Andreas se sintió confortado al oír bajar al doctor Erb. Se levantó y encendió el alumbrado de gas.

—¿No le molesta que fume aquí? —preguntó encendiendo el cigarrillo antes de que Andreas tuviera tiempo de responder.

—Usted no fuma, ¿verdad? Le falta tiempo para permitirse esos pequeños vicios.

—¿Cómo se encuentra ahora? —inquirió Andreas, renegando de aquel hombre.

—¡Pobrecilla! Todo lo bien que cabe. Me ha rogado que baje y me ocupe de usted un momento. Está segura de que se halla preocupado —con ojos risueños echó una mirada a la mesa del almuerzo y añadió—: Ya veo que ha tratado de picar un poco, ¿eh?

¡¡Uuu... uisss!! —clamaba el viento agitando las cortinas de las ventanas.

—Lástima de tiempo —declaró el doctor Erb.

—Sí, tiene que afectar los nervios de Anna, y eso es lo que necesita precisamente: nervios.

—¿Eh? ¿Qué dice? —replicó el doctor—. ¿Nervios? Pero hombre. Tiene más nervio que usted y yo juntos. ¡Nervio! Si es toda nervio. Una mujer que trabaja como trabaja ella en la casa y que tiene tres niños en cuatro años, como quien dice de propina.

Tiró al fuego el pitillo a medio consumir y miró por la ventana frunciendo el ceño.

«Ahora es él quien me acusa —pensó Andreas—. Es la segunda vez en esta mañana. Primero mi madre y ahora este sujeto que se aprovecha de mi susceptibilidad». Prefirió callar y tocó el timbre para que la criada acudiera.

—Levante la mesa —ordenó—. No puede estar de ese modo hasta la hora de comer.

—No sea tan exigente con la muchacha —rogó cariñosamente el médico—. Hoy tiene que trabajar el doble.

Al oírlo, la cólera de Binzer se desató.

—Doctor, le agradeceré que no se interponga entre mis sirvientes y yo.

En aquel mismo instante se dio cuenta de que había cometido una tontería no diciendo simplemente «mi criada».

El doctor Erb no se incomodó. Movió la cabeza, se metió las manos en los bolsillos y se puso a balancearse alternativamente sobre la punta de los pies y los talones.

—Está usted afectado por el tiempo —dijo—, y eso es todo. Es una pena esta tormenta. Ya sabe que el clima ejerce una influencia enorme sobre los partos. Un día hermoso estimula, da ánimos a la mujer para ello. El buen tiempo es tan indispensable para los alumbramientos como para un día de colada. ¿Eh? ¿Qué tal esta observación para un fósil profesional como yo?

Andreas no replicó.

—Bueno, debo volver al lado de mi paciente. ¿Por qué no da un paseo para despejarse la cabeza? Es lo que debe hacer.

—No —repuso—. No tengo ganas. Está demasiado desapacible.

Volvió a sentarse en el sillón junto a la ventana. Mientras la criada desocupaba la mesa intentó leer... Luego los ensueños. Le pareció que hacía años no había tenido a su disposición tanto tiempo para soñar así. No tenía nunca un respiro. Ajetreado con el quehacer todo el día y sin poder quitárselo de encima por las noches, como hacen otros. Además, Anna mostraba interés por su trabajo. En realidad solo hablaban de eso. Excelente madre para educar a un muchacho. Tenía sentido de las cosas.

Empezaron a oírse campanadas traídas por el viento. Unas veces sonando muy lejanas; otras, como si todas las iglesias de la ciudad se hubiesen trasladado a aquella calle. Esas campanadas removían en él algo, algo vago y enternecedor. A aquella hora precisamente Anna solía llamarle desde el vestíbulo: «Andreas, ven a que te cepille el abrigo. Ya estoy preparada». Luego salían. Ella colgada de su brazo y alzando los ojos para mirarle. Era guapa y pequeñita. Recordaba que, cuando se prometieron, dijo él un día: «Justamente a la altura de mi corazón». Y ella

se había subido a un taburete y, riendo, le había hecho inclinar la cabeza. En aquellos días era una niña. Más niña que sus propios hijos, más vivaz, con más garbo, con más espíritu. Había que verla bajar por la avenida cuando iba a buscarle a la salida de la oficina. ¡Y cómo se reía cuando anduvieron buscando casa! ¡Cielos, qué risa la suya! Al acordarse sonrió de buen humor. Pero luego, de pronto, se puso serio. No cabía duda. El matrimonio cambiaba a la mujer mucho más que al hombre. Hablar de esto serenaba. Ella había perdido en dos meses toda su arrogancia. Bueno, una vez que pasara lo del niño se repondría. Empezó a planear un viajecito. Se la llevaría a cualquier parte, a holgazanear juntos un poco. Después de todo, había que atreverse. Todavía eran jóvenes. Se había metido en un rincón y tenía que sacarla de ahí a la fuerza. No era más que eso.

Se levantó, fue al salón, cerró la puerta cuidadosamente y cogió la fotografía de Anna de encima del piano. Llevaba un vestido blanco con un gran lazo bajo el mentón hecho de alguna tela muy suave y estaba un poco rígida, sosteniendo con ambas manos un haz de espigas y amapolas artificiales. Ya entonces tenía aspecto delicado. Era su mata de pelo lo que le daba aquella apariencia.

Parecía como abrumada bajo el peso de las trenzas, pero sin embargo sonreía. Andreas sintió que de pronto se le cortaba la respiración. Era, esa muchacha, ¿era su mujer?

¡Uf! Y solo hacía cuatro años que se había hecho aquella foto. La acercó, e, inclinándose, le dio un beso. Luego restregó el cristal con el dorso de la mano.

En aquel momento, más apagado que cuando lo había oído desde el pasillo, pero más aterrador, llegó de nuevo el quejumbroso alarido. El viento lo amplió hasta convertirlo en un eco burlesco, lo alzó hasta lo más alto de la casa y se lo llevó calle abajo, lejos, muy lejos de él. Abrió los brazos. «Soy tan desesperadamente inútil», se dijo. Y luego, dirigiéndose a la foto: «Quizá no sea tanto como parece; quizá sean solamente mis nervios». A la media luz del salón la sonrisa de los labios de Anna parecía acentuarse, hacerse misteriosa, hasta cruel. «No —reflexionó—, esa sonrisa no es de ningún modo su expresión más feliz... fue un error haberla hecho sonreír así. No parece mi mujer, la madre de mi hijo». Sí, eso era, no parecía la madre de aquel hijo que iba a ser socio de la casa. La foto le atacaba los nervios. La puso a diferentes luces; la miró a más distancia, oblicuamente. Invirtió

toda una vida —eso le pareció a él después— tratando de adaptarse a ella. Cuantos más intentos realizaba más profundo se hacía el desagrado que le producía. Por tres veces fue con ella a la chimenea decidido a tirarla en el emparrillado, tras la sombrilla japonesa. Luego le pareció absurdo el destruir un marco valioso. ¿A qué andar con rodeos? Anna era como una desconocida para él; algo anormal, un monstruo. Aquella foto podía muy bien haber sido hecha antes o después de su muerte.

De pronto se dio cuenta de que el viento había disminuido, de que toda la casa estaba quieta y en silencio. Helado y pálido, con la sensación desagradable de que por la columna vertebral le trepaban arañas hasta el rostro, quedó en medio del salón escuchando los pasos del doctor Erb que bajaba la escalera.

Y lo vio entrar en la habitación. En aquella habitación que se había transformado en un gran globo de cristal que giraba sobre sí mismo. Y el doctor Erb parecía venir nadando hacia él por aquella pecera, como un pez con chaleco color perla.

«Mi bien amada esposa ha fallecido», quería gritar antes de que el doctor se lo dijera.

—Bueno; esta vez hemos atrapado un chico —dijo el doctor Erb, y Andreas dio unos pasos hacia él vacilando.

—¡Cuidado! Arriba esos ánimos, hombre —dijo el doctor sujetando a Binzer por un brazo. Y al tocarlo, añadió por lo bajo—: Blanduchos como la manteca.

Un cálido resplandor se esparcía en torno de Andreas. Estaba exultante.

—¡Dios mío! —exclamó—. Nadie podrá decir que no sé lo que es el sufrimiento.

LA NIÑA QUE SE SENTÍA CANSADA

Apenas había comenzado a caminar por un blanco caminito con negros árboles a cada lado, un camino que no llevaba a ninguna parte y por el que no andaba absolutamente nadie, cuando una mano la cogió por un hombro, la sacudió y le dio un revés.

—¡Ay, ay!, no me detenga —gritó la niña que se sentía cansada—, déjeme que siga.

—¡Arriba, mocosa, arriba, buena para nada! —dijo la voz—. ¡Ve a encender el fuego o no voy a dejarte hueso sano en el cuerpo!

Con inmenso esfuerzo abrió los ojos y vio a la Frau en pie ante ella, llevando bajo el brazo el niño en pañales. Las otras tres criaturas, que compartían la misma cama con la niña que se sentía cansada, habituadas a los gritos, dormían apaciblemente. En un ángulo de la habitación el hombre se estaba ajustando los tirantes.

—¿Qué te propones durmiendo toda la noche, como un saco de patatas? Has dejado que el nene se orine por dos veces en la cama.

Ella no respondió, pero con dedos frígidos, temblorosos, se ató las cintas de las enaguas.

—Vamos, basta ya. Llévate al nene a la cocina. Calienta el café frío en la lamparilla de alcohol para el amo y sácale la hogaza de pan negro que está en el cajón de la mesa. No vayas a zampártelo, que lo sabré.

La *Frau* cruzó con pasos vacilantes la habitación y se tiró en la cama, acomodándose a la espalda el almohadón color rosa.

La cocina estaba casi a obscuras. Dejó al crío sobre la banqueta de madera cubierto con un chal, echó el café de la jarra de barro en la cacerola y encendió la lamparilla de alcohol para calentarlo.

«Estoy somnolienta —reconocía dando bostezos la niña que se sentía cansada, mientras arrodillada en el suelo partía en menudas astillas los húmedos leños de pino—; por eso no acabo de espabilarme».

El fogón tardó mucho en encenderse. Quizás estaba como ella, helado también y también somnoliento... Quizá también había estado soñando con un caminito blanco con negros árboles a los lados, un camino que no llevaba a ninguna parte.

Entonces la puerta se abrió violentamente de par en par, y el hombre entró.

—¿Qué estás haciendo ahí, sentada en el suelo? —gritó—. Dame el café. Tengo que irme. ¡Uf! Ni siquiera has pasado un trapo por la mesa.

Se puso en pie, sirvió el café en una taza de hierro esmaltado y le dio el pan y el cuchillo. Luego, cogió un trapo húmedo del fregadero, y con él emporcó el negro hule de la mesa.

—Un día de perros, una vida de perros —farfulló el hombre, sentándose a la mesa y mirando a través de la ventana el cielo apelotonado que parecía combarse pesadamente sobre los campos estériles. Se atiborró de pan la boca y luego lo pasó con el café.

La niña arrastró un cubo de agua, se remangó, mirándose los brazos con ceño fruncido, como para reñirlos por estar tan flacos, lo mismo que ramitas encanijadas, y comenzó a fregar el suelo.

—No chapotees en el agua mientras esté yo aquí —rezongó el hombre—. Y a ver si ese crío para de llorar. Se ha pasado así toda la noche.

La niña cogió el nene en brazos y se sentó a mecerlo.

—*Chist, chist* —decía—. Le está apuntando el colmillo, por eso llora así. Y babea. No he visto un nene que babee tanto como este —le limpió la boca y la nariz con el borde de la falda y añadió—: Algunos nenes echan los dientes sin que una se dé cuenta siquiera, pero otros se ponen así todo el tiempo. Una vez me dijeron que un nene se murió y que le encontraron en el estómago los dientes.

El hombre se había levantado y, descolgando de la percha tras de la puerta su capote, se lo echó encima.

—Hay otro que está en camino —dijo.

—¿Sí? ¿Otro diente? —exclamó la niña, saliendo por primera vez en aquella mañana de su pesada modorra para introducir un dedo en la boca de la criatura.

—No —dijo sombríamente el hombre—. Otro nene. ¡Hala!, sigue con tu trabajo.

Ya es hora de que se levanten los otros para ir a la escuela.

Ella se quedó un momento en silencio, oyendo, primero, las fuertes pisadas del hombre en las losas del pasillo, luego en la grava del camino. Por último, el portazo de la puerta del jardín.

«¡Otro nene! ¿No han acabado todavía de tener nenes? —pensó la niña—. Dos nenes echando los colmillos; dos nenes que exigirán levantarse por la noche; dos nenes que habrá que llevar en brazos, cuyos pañales cochinitos tendré que lavar». Miró con horror al que tenía en brazos, el cual, como si percibiera el odio despectivo de su mirada cansada, cerró los puños, se contrajo y empezó a chillar violentamente.

—*Chist, chist*.

Lo dejó en el banquito, y prosiguió con el fregoteo. El crío no cesaba de llorar ni un segundo, pero ella estaba tan acostumbrada a oírlo que llevaba el ritmo al barrer. ¡Qué cansada estaba! ¡Qué pesado era el mango de la escoba! Y luego aquello que quemaba justamente en la nuca, y aquella cosita tan rara que palpitaba precisamente atrás, en la cintura, como si fuera a romperse allí algo.

El reloj dio las seis. Puso en el fuego la cacerola de la leche, y fue a la habitación inmediata para vestir a los tres chicos.

Ana y Hans estaban acostados el uno junto al otro, en actitudes de mutua amistad, la cual realmente solo se mantenía durante las horas de sueño. Lena, hecha un ovillo, con las rodillas en el mentón, solo asomaba sobre la almohada su tiesa y empinada coleta.

—¡Arriba! —gritó la niña con voz de inmensa autoridad, tirando de las ropas de la cama y zarandeando a cada uno varias veces—. Hace media hora que os estoy llamando. Es muy tarde y lo voy a decir de otra manera si no están vestidos dentro de un minuto.

Antón se espabiló lo suficiente para darse vuelta y atizarle a Hans una patada en salva sea la parte, tras de lo cual este tiró a Lena de la coleta hasta que se puso a gritar llamando a su madre.

—Vamos, estén quietos —dijo en voz baja la niña—. Levántense y vístanse. Ya saben, si no, lo que va a ocurrir. ¡Ea!, yo los ayudaré.

Pero el aviso fue tardío. La Frau se levantó de la cama, se dirigió a la cocina con aire decidido y volvió trayendo un manojo de ramas atadas con una gruesa cuerda. Uno por uno fue poniendo a los chicos sobre sus rodillas y azotándolos concienzudamente. El postrer esfuerzo lo empleó con la niña que se sentía cansada. Luego se volvió a la cama con la sensación confortadora de haber cumplido aquel día adecuadamente con sus deberes maternales. Muy cabizbajos los tres chicos se dejaron vestir y lavar por la niña, quien también tuvo que atarles las botas, sabiendo por experiencia que de dejar que ellos lo hicieran andarían más de cinco minutos a la pata la coja, sin encontrar un lugar apropiado donde apoyar el pie. Además de escupirse las manos y romper los cordones.

Mientras les daba el desayuno se pusieron a alborotar, y el nene no cesaba en sus lloros. Una vez que llenó de leche el biberón de hojalata, y le sujetó el chupete de goma humedeciéndolo con la boca, trató de hacérselo tomar, animándolo con palabras cariñosas.

Pero el nene tiró al suelo el biberón y se puso a temblar.

—¡El colmillo! —gritó Hans, dándole a Antón en la cabeza con la taza vacía—. Le está saliendo mal el colmillo. Eso es lo que yo digo.

—¡Ridículo! —exclamó Lena, sacándole la lengua. Y luego, cuando él inmediatamente hizo lo mismo, gritó con todas sus fuerzas—: ¡Madre, Hans me está haciendo muecas!

—Está bien —dijo este—, sigue chillando. Cuando esta noche estemos en la cama, esperaré a que te duermas, me acercaré sin hacer ruido, te cogeré un pellizco en un brazo y retorceré, retorceré hasta que...

Inclinado sobre la mesa hacía a Lena los gestos más espantosos, sin darse cuenta de que tras de su silla estaba Antón hasta que este, agachándose, le escupió en su rapada cabeza.

—¡Hala, hala!

La niña que se sentía cansada tiraba de ellos una y otra vez para separarlos, les enfundaba en sus abrigos, y les hacía salir de casa a empujones.

—De prisa, de prisa. Ha sonado la segunda campanada —les instó, sabiendo de sobra que estaba contándoles un cuento y gozando con ello.

Lavó la vajilla del almuerzo y descendió al sótano a buscar patatas y remolachas.

¡Qué sitio tan curioso y frío aquel sótano! En un rincón se amontonaban las patatas; la remolacha estaba dentro de una vieja caja de velas. Había dos cubos con *sauerkraut,* y un revoltijo de retorcidas raíces de dalia, que verdaderamente parecían estarse peleando.

Echó unas patatas en su falda, escogiendo las más grandes y con menos ojos, para que fueran más fáciles de pelar, e inclinándose sobre el inerte montón se puso a dar cabezadas.

—¡Eh, tú!, ¿qué estás haciendo ahí abajo? —le gritó la Frau desde lo alto de la escalera—. El nene se ha caído de la banqueta y tiene un bulto como un huevo en un ojo. Sube, que te voy a dar una lección.

—Yo no fui, yo no fui —gemía la niña, zarandeada de un lado a otro del vestíbulo, de modo que las patatas y las remolachas, cayéndose de la falda, rodaron por el suelo.

La Frau parecía tan alta como un gigante y había una cierta pesadez en todos sus movimientos que resultaba aterradora para alguien tan pequeño como ella.

—Siéntate en ese rincón a limpiar y lavar la verdura, y cuida de que el nene esté tranquilo mientras hago la colada.

Sollozando obedeció. Pero lograr que el nene se estuviese tranquilo era completamente imposible. Tenía encarnada la cara, de la cabeza le brotaban menudas gotas de sudor y tensando su cuerpo chillaba. Lo puso en sus rodillas y colocó a su lado una cazuela de agua, para lavar la verdura, y el cubo de los patos para los desperdicios.

—*Chist, chist* —siseaba mondando y meciendo—. Va a haber otro hijo más y no pueden estar los dos siempre llorando así. ¿Por qué no te duermes, nene? Si yo fuera tú, me dormiría. Te contaré un sueño. Había una vez un senderito blanco...

Echó hacia atrás la cabeza. Sentía un nudo muy grande en la garganta y las lágrimas le corrían por el rostro cayendo en la verdura.

—Esto no está bien —dijo la niña enjugándose las lágrimas—. Nene, deja de llorar hasta que acabe con esto y te pasearé arriba y abajo.

Pero cuando hubo concluido, la Frau le mandó que fuera a tender la ropa de la colada. Soplaba viento y, de puntillas en el patio, creyó que iba a llevársela. Del comedero de los patos llegaba un olor nauseabundo, porque estaba casi lleno de estiércol fangoso, pero, allá, en el prado, brotaba la hierba como menudos cabellos verdeantes. Y recordó haber oído decir que una vez hubo una niña que había estado jugando precisamente en aquel prado todo el día, y que tenía para comer salchichas y cerveza de verdad y que no estaba cansada. ¿Quién le había contado aquel cuento? No le era posible recordarlo, y, sin embargo, era tan sencillo...

Las ropas húmedas le azotaban el rostro al ir a colgarlas. Danzaban, se zarandeaban en la cuerda, inflándose y retorciéndose. Volvió a la casa con perezoso andar, mirando con desconsuelo hacia las hierbas de la pradera.

—¿Hace el favor de decirme qué tengo que hacer ahora? —preguntó.

—Las camas. Y poner en la ventana el colchón del nene. Después sacar el cochecito y llevártelo a dar un paseo por la carretera. Delante de casa, ¿eh? Donde pueda verte yo. No te quedes ahí con la boca abierta. Luego, cuando te llame, ven para ayudarme a picar la ensalada.

Una vez que hizo las camas la niña se quedó mirándolas. Delicadamente pasó una mano por la almohada y luego, solo por un momento, reposó en ella la cabeza. Otra vez aquel antipático nudo en la garganta, aquellas lágrimas que siguieron rodando mientras vestía al nene y empujaba el cochecito arriba y abajo por la carretera.

Pasó un nombre guiando una carreta de bueyes. Llevaba en el sombrero una rara pluma. Dos muchachas cargadas con sendos bultos a la espalda venían de la ciudad. Una llevaba en la cabeza un pañuelo encarnado y la otra, uno azul. Iban riéndose cogidas de la mano. El sol echó a un lado un espeso rebaño de nubes grises y esparció por todas partes una luz cálida y amarilla.

—Quizá —se dijo la niña que se sentía cansada—, si yo anduviese por esta carretera bastante lejos podría

llegar al caminito blanco con altos árboles negros a los lados... al caminito...

—¡La ensalada, la ensalada! —voceó la Frau desde la casa.

A poco vinieron los chicos de la escuela, y se sentaron a la mesa. El hombre se comió la porción de budín de la Frau, además de la suya, y los tres chicos parecían embadurnarse de arriba abajo con todo lo que comían. Luego a fregar más platos, a barrer más, a cuidar otra vez del nene. Así fue pasando fatigosamente aquella tarde fría.

La vieja Frau Grathwohl vino con un trozo de carne fresca de cerdo para la Frau, y la niña las estuvo oyendo conversar.

—Frau Manda ha seguido su «viaje a Roma» y ha vuelto con una niña. ¿Cómo se encuentra usted?

—Por la mañana me he sentido el doble de mal. Mis entrañas están desgarradas por haber tenido tantas criaturas seguidas.

—Veo que tiene una nueva ayudante —comentó la vieja Mamá Grathwohl.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la Frau bajando la voz—. ¿No sabe quién es? Aquella criatura abandonada... la hija de la camarera de la estación. Encontraron a su madre metiéndole la cabeza en la jarra del lavabo para ahogarla. Es medio tonta.

—*Chist, chist* —siseaba al nene la criatura abandonada.

A medida que el día avanzaba le era más difícil a la niña que se sentía cansada combatir su somnolencia por más tiempo. Tenía miedo de sentarse. Tenía miedo de estarse quieta. Cuando hubo de tomar asiento para cenar, le pareció que el hombre y la Frau al mirarlos se hinchaban, hasta adquirir dimensiones tremendas y luego se volvían pequeños como muñecos, con vocecillas que sonaban como si vinieran a través de la ventana. Mirando al nene, tan pronto se le apareció con dos cabezas como descabezado. Hasta su llanto le hacía sentirse peor. Al pensar en que la hora de acostarse se acercaba se estremeció toda de gozo. Pero cuando iban a dar las ocho, se oyó ruido de ruedas en la carretera, y

de allí a poco entró un grupo de amistades que venían a pasar la velada.

Entonces fue aquello de «pon a calentar el café; trae la lata del azúcar; llévate estas sillas a la alcoba; y prepara la mesa.»

Y finalmente la Frau la mandó a la habitación de al lado a que cuidara de que no llorase el nene.

Ardía un cabo de vela en el candelero de porcelana hierro, y a medida que paseaba arriba y abajo veía su sombra enorme en la pared. Tan grande como la de una persona mayor que llevase en brazos a un chico crecido. «¿Qué voy a parecer cuando lleve dos nenes así?».

—*Chist, chist*.

«Ocurrió una vez que ella iba caminando por un blanco caminito con... ¡ay!, qué árboles más altos y más negros a los lados».

—Ven aquí —gritó la voz de la Frau—, tráeme la chaquetilla nueva de detrás de la puerta.

Y cuando entró con ella a la habitación caldeada, una de las mujeres exclamó:

—Si parece un búho. Las niñas así rara vez están bien de la cabeza.

—¿Por qué no haces callar a ese niño? —dijo el hombre, que había bebido bastante cerveza para sentirse muy arrogante y muy dueño de su casa.

—Yo te ajustaré las cuentas si no haces que se calle.

Todos se rieron a carcajadas, mientras la niña volvía vacilante a la alcoba.

«No comprendo cómo debía arreglárselas la Virgen María para conservar la calma —murmuró ella—, si el Niño Jesús, de pequeño, lloraba como este mocoso... De no sentirme tan cansada quizá pudiera lograrlo; pero el nene se da cuenta de que estoy deseando irme a dormir. Y va a venir otro más».

Tiró la criatura en la cama y se le quedó mirando aterrorizada.

De la habitación inmediata llegaba el tintineo de los vasos y el cálido sonido de las risas.

Entonces, súbitamente, tuvo una idea. Una idea feliz, maravillosa.

Y por primera vez en todo el día, sonrió y palmoteó.

—*Chist, chist* —dijo—, quedate ahí, tontín, ahora sí que vas a dormir. Y no llorarás más ni despertarás más a medianoche. Nene chistoso y pequeñín.

Al ver a la niña que se sentía cansada el nene abrió los ojos y chilló más fuerte. Desde la habitación inmediata la Frau la llamaba.

—Un momento... casi está dormido ya —gritó.

Y entonces, delicadamente, sonriendo, de puntillas trajo el almohadón color rosa de la cama de la Frau y tapó con él la boca a la criatura. Luego apretó con todas sus fuerzas hasta que el nene se retorció —así le parecía a ella— «como un patito a quien le retuercen el pescuezo».

Se le escapó un largo suspiro y cayó de espaldas en el

suelo. Y se fue andando, andando, por un blanco caminito con altos árboles negros a cada lado. Un caminito que no llevaba a parte alguna y por el cual no transitaba nadie... Absolutamente nadie.

"De los pinos cercanos llegaba un perfume selvático, en tanto que sus ramas se balanceaban suavemente al impulso de la brisa. Yo me sentía ligera, libre y feliz. Y, sobre todo, ¡tan joven!...

Colección
Lima Lee

